

La literatura comparada en la Península Ibérica desde un enfoque sistémico e interliterario

Olivia RODRÍGUEZ GONZÁLEZ

Universidade de A Coruña
olivia@udc.es

RESUMEN

Este capítulo presenta, a modo de reflexión, las corrientes teóricas con mayor rendimiento de estudio y aplicación en trabajos sobre literatura comparada ibérica en la actualidad. En primer lugar se ofrecen los principios y métodos de algunas de las escuelas más representativas de las teorías literarias que coinciden en considerar la literatura como sistema socio-cultural, definido por las relaciones entre los elementos que lo componen. A continuación, se ocupa de los estudios sobre las comunidades interliterarias, iniciados por la Escuela de Bratislava.

Palabras clave: Comparatismo ibérico, teorías sistémicas, teoría interliteraria.

Compared Literature in the Iberian Peninsula from a Systemic and Interliterary Approach

ABSTRACT

This chapter presents, as a general reflection, the most studied and applied theoretical trends of the essays about Iberian comparative literature today. First, it offers the principles and methods of some of the most representative schools of literary theories considering literature as a socio-cultural system defined by the relationships between the elements that make it up. Then, it deals with the studies on interliterary communities initiated by the School of Bratislava.

Keywords: Iberian comparative studies, system theory, interliterary theory.

1. Introducción

Comenzaremos con una mirada al pasado para reconocer que, si prescindimos de los estudios ibero-románicos, el recorrido que en el campo del comparatismo tiene el estudio de la literatura ibérica se presenta escaso y esporádico hasta el último tercio del siglo XX. Un análisis de las causas necesitaría otro trabajo, que sin duda tendría que atender a la historia de la institucionalización de la literatura española a

costa de la pre-institucionalización de literaturas españolas minoritarias (el empleo de *minorizadas* desde instancias de resistencia alude a los factores políticos que contribuyen a esta circunstancia). El proceso, como nos recordó W. Godzich (1998), tiene lugar a lo largo del siglo XIX, y va ligado al enfrentamiento entre varios proyectos de organización de estado que, en el caso español, terminarán con el asentamiento de un modelo liberal centralista durante los años de la *crisis del 98*, de la que la historiografía catalana quiere desde hace tiempo desligarse. Son tiempos convulsos también para la identidad portuguesa, exacerbada con la pérdida de poder colonial que, contra los dos estados ibéricos, estaba causando el avance inglés y alemán en los dominios de ultramar.

Esta circunstancia socio-histórica explica que se puedan rastrear algunos primeros textos periféricos con trabajos comparados como expresión de resistencia, y con una finalidad de promoción de actividad a favor de las culturas no canónicas. Seguramente los expertos en cada tradición ibérica podrían aportar ejemplos parecidos a los que la literatura gallega ofrece con la obra de Eugenio Carré Aldao, de 1915, *Influencias de la literatura gallega en la castellana. Estudios críticos y bibliográficos*¹. Son muestras significativas de que las tensiones en el campo ibérico se van a prolongar a lo largo del siglo XX, y de que no son ajenas tampoco al nuevo orden mundial y la reorganización de estados y agrupaciones nacionales, en un clima favorecido por la Sociedad de Naciones creada por el Tratado de Versalles de 1919. El tronco francés de la literatura comparada, fundada en el ámbito universitario, conoce lo que se llamó *comparatismo de las cátedras*, que domina hasta entrado el medio siglo, auspiciando el eurocentrismo basado en las literaturas nacionales de *prestigio* y en una jerarquía de valores canónicos que el estudio de las influencias se encarga de poner de relieve.

La institución literaria ibérica, repartida entre dos estados que viven mutuamente en la indiferencia de la cultura oficial –solo desmentida por la cultura vital de contactos que tienen en el iberismo un escudo tan protector como a veces virtual–, encuentra en Fidelino de Figueiredo su mejor adalid (De Figueiredo 1935). En el campo literario español, el modelo francés sigue imperando y sometiendo la elaboración de la historiografía literaria a una competencia tensional de prestigio que, después de la obra de Marcelino Menéndez Pelayo, que no omite la documentación de alcance peninsular, conoce su consolidación con la filología hispánica de índole españolista de Ramón Menéndez Pidal. Para entonces, agentes y creadores periféricos pueden ofrecer en paralelo los frutos de su trabajo. No entraremos en la apreciación de su valor artístico, porque se nos objetaría el consabido y complejo relativismo histórico en el campo social, pero sí admitiremos que esa producción determina la eclosión de la cultura de la diversidad española en la II República, con los altibajos ideológicos de los sucesivos gobiernos de opuesta ideología (centralista o federalista). Después, el exilio y la clandestinidad seguirían trabajando para que esas

¹ No es casual que coincida su publicación con el segundo tricentenario de *Don Quijote de la Mancha*, pues en 1905 el autor se había destacado por la reivindicación de una lectura en clave gallega de una obra emblemática desde el enfoque centralista (Carré Aldao 1915).

literaturas se mantuviesen activas hasta su institucionalización política en los años 80.

¿Tiene el cultivo del comparatismo ibérico una trayectoria semejante a la de las literaturas periféricas en el siglo XX? No, y seguramente porque no interesaba a un sistema literario español fuertemente anclado en la ideología pidaliana que triunfó sobre el pensamiento exiliado de Américo Castro (1885-1972), y siguió sustentándose en la idea de la unicidad de una cultura española existente ya antes de la Edad Media. Tampoco interesaba a las literaturas *minorizadas*, pues el cultivo del comparatismo ibérico no era visto con buenos ojos por los agentes de los sistemas periféricos durante una primera fase en la que el criterio filológico es la clave de la oposición al campo dominante; y en la que, superando el nacionalismo literario (González-Millán 2000: 77), se reivindica la autonomía de repertorio para lograr la institucionalización de una literatura nacional.

El panorama es visiblemente distinto al iniciarse la segunda década del siglo XXI. No podemos decir que se deba a un reconocimiento oficial, en el campo de poder político, de la necesidad de favorecer y estimular la existencia de la pluralidad literaria en la Península Ibérica, tal como reclama, al menos en el área de la historiografía, M. J. Valdés, que cuenta seis literaturas desarrolladas en diez espacios ibéricos de cultura literaria² (Valdés 2004: 17). La transformación no ha venido del incremento de la comunicación entre las diferentes literaturas, sino del desarrollo de la propia investigación comparada hacia campos de aplicación nuevos. No es ajena a esto la renovación de la teoría literaria en otros ámbitos académicos, donde los estudios culturales y postcoloniales han vuelto a poner en primer plano la cuestión de la identidad individual y social. Si estamos de acuerdo en que la cohesión nacional es una de las funciones de la literatura, sobre cuyo papel en la formación de las naciones en Europa ha escrito I. Even-Zohar (1993), la cuestión que preocupa ahora es la función de la literatura como expresión identitaria de grupos emergentes tras la descolonización, las nuevas migraciones y la expresión de las voces de desfavorecidos y marginados.

Afortunadamente, la literatura comparada ibérica en nuestro entorno está siendo objeto de estudio en proyectos de excelencia destinados a elaborar una teoría que la dote de coherencia epistemológica y metodológica. Así, en el contexto de un proyecto europeo subvencionado por la International Comparative Literature Association (ICLA), A. Casas ha establecido cuatro posibles modelos de fundamentación teórica de una Historia literaria comparada con funcionalidad global, que se pueda aplicar a cualquier marco, no solo el ibérico que nos ocupa (Casas 2004). Este marco se elige con un criterio geo-cultural, propiciado por el *giro espacial* de los últimos años, que describe, entre otros, F. Cabo Aseguinolaza (2011). Para superar el modelo de Historia literaria de localización única y eje cronológico, el giro espacial propicia un nuevo enfoque de estudio de fenómenos literarios que en el anterior patrón quedaban oscurecidos, si no invisibilizados. No es una perspectiva totalmente nueva

² No sabemos si se refiere a la literatura en bable o en aragonés, pues una de ellas se queda fuera del cómputo del comparatista y hermeneuta mexicano.

pues tiene una vez más, y a nuestro parecer, un importante precedente peninsular en la romanística –allí donde hay que situar la anterior llamada a favor de Marcelino Menéndez y Pelayo, praxis derivada de la cátedra de Manuel Milà i Fontanals–; y de donde han surgido los primeros y actuales comparatistas de las universidades ibéricas, antes de que otras corrientes académicas, como los americanos *Area Studies*, la reactivasen.

Entre los modelos teóricos referidos por A. Casas se encuentran, por un lado, el fomentado por la ICLA para la elaboración de la historia de la literatura comparada, desde que Mario J. Valdés ocupó su presidencia; y por otro, el ofrecido por los *Subaltern-Studies*, que entraron en los últimos años en nuestras universidades, especialmente a través de los estudios ingleses. Los dejaremos de lado para centrarnos en los cuadros teóricos objeto de este capítulo: los análisis empírico-sistémicos e interliterarios.

2. Enfoque sistémico

Las teorías sistémicas cuentan en el marco de la literatura comparada actual (Gnisci y Sinopoli 1995), y como reconoce el comparatismo internacional (Tötösy de Zepetnek 1998: 31), con un pionero de nuestro exilio, Claudio Guillén (1924-2007). En 1971, antes de dejar la cátedra en Harvard –universidad donde había desarrollado su trabajo T. Parsons, sociólogo del estructuralismo funcional–, publica once ensayos sobre la teoría de la historia de la literatura como proceso de interrelación sistémica y supranacional (Guillén 1971). En ese momento se empiezan a desarrollar en varias universidades estudios literarios sistémicos que se caracterizan por su carácter empírico y su interdisciplinariedad. En la vanguardia, por la anticipación cronológica y un considerable esfuerzo para dotar de terminología propia a lo que se considera una ciencia aplicada, se encuentra la «Ciencia Empírica de la Literatura» de la Universidad alemana de Siegen. Comenzó centrándose en aspectos sincrónicos del sistema literario y llevó el *constructivismo cognitivo* a la elaboración de la diacronía o historia literaria. S. J. Schdmit, figura principal del Grupo NIKOL, unió al constructivismo la teoría de los sistemas del sociólogo N. Luhmann, para aplicarlos a lo que denomina «ámbito de actuación social *literatura*». Quiso alejarse de la teorización ontológica (*esencialismo*) y hermenéutica de la literatura, para analizar lo que consideraba «un sistema social de acciones» estructurado y con límites propios, aceptado por la sociedad, con funciones específicas en ella, y en el que el concepto de lo literario debe definirse pragmática e históricamente (Schmidt 1991: 20).

El componente sociológico de la propuesta nos retrotrae, a través del concepto de institución literaria de J. Dubois (1978), hasta la figura de P. Bourdieu, imprescindible para aclarar el sentido y la finalidad de las teorías que aplican a lo social el *pensamiento relacional*. Así como el proyecto científico de S. J. Schmidt se encuadraba en el ámbito cultural, histórico y geográfico en el que se gestó (la Alemania dividida de los años setenta), razón por la que veía posible una colaboración futura con los estudios marxistas de la literatura, P. Bourdieu da a conocer los principios

de la teoría sobre el *campo literario* a partir de los cambios experimentados en Francia por el Mayo del 68. Su propósito es desenmascarar el comportamiento social en las posiciones dominantes en el campo literario, que algunos importantes *intelectuales* disfrazaban de compromiso desinteresado. El origen del trabajo de P. Bourdieu está, por lo tanto, en la revuelta iniciada por R. Barthes contra el estamento de la crítica tradicional francesa. Como él, reivindica Bourdieu el arma de un nuevo idioma enarbolado contra el lenguaje de la opresión, en un nuevo capítulo de la querrela entre antiguos y modernos que en el campo de la crítica de la cultura explica acertadamente W. Godzich:

Debería resultar evidente a estas alturas que un debate filosófico es también una lucha por imponer unos modelos discursivos, procedimientos de argumentación y demostración, técnicas y estrategias retóricas y pedagógicas. Todas las batallas filosóficas se han llevado a cabo cuestionando la autenticidad filosófica del discurso del oponente. Los teóricos han seguido este venerable camino, pero han tenido que ser especialmente cautos y por tanto particularmente innovadores en su propio discurso, puesto que su oponente no era otro que la presente organización del conocimiento: su reto no podía enunciarse con el lenguaje sacralizado por ésta, sino que tenía que subvertirlo sistemáticamente. (Godzich 1998: 35)

P. Bourdieu desentraña el *juego* social de la literatura y el arte en relación con el campo de poder en el que se inscribe, y su teoría va más allá de la de S. J. Schmidt en un sentido: este, partidario de que las convenciones científicas de los investigadores se separen de las convenciones sociales usadas por los participantes del ámbito estudiado, aspira sin embargo a que su teoría se presente con carácter *performativo*. Es decir, que sea capaz de configurar esbozos de modelos para hacer más productiva esa participación, y que logre igualmente cambiar la orientación de los estudios literarios universitarios. P. Bourdieu, por su parte, no dejó de manejar con destreza en la vida real del campo literario las habilidades que él mismo explicó según las *reglas del arte*, y llegó a ocupar importantes parcelas de poder (Bourdieu 1992). Describiendo esas reglas, se propone desvelar científicamente el engranaje del juego social literario, *illusio*, que los participantes deben mantener en secreto para que no se rompa —o, en caso de desvelarlo, hacerlo solo mediante la figuración literaria, como explica el sociólogo a través de una cita de Stéphane Mallarmé.

Coincidiendo con el Grupo NIKOL, P. Bourdieu sostiene que el valor literario es una creencia o construcción social de un grupo en un momento histórico concreto. Para analizar su *legitimidad*, esto es, su reconocimiento y aceptación social, no se puede prescindir de la idea de *dominación* de unos grupos sobre otros dentro del mismo campo literario o, desde fuera de él, en el campo de poder. Por *campo* de poder se entiende un *espacio* formado por relaciones objetivas de fuerzas entre agentes e instituciones que en él concurren y que luchan por la posesión del capital necesario para ocupar posiciones dominantes (Bourdieu 1991: 5). La estructura interna del campo literario, cuyo grado de autonomía o heteronomía fluctúa según la época y la tradición acumulada, se organiza de acuerdo con leyes propias, que siguen una lógica económica, la del *capital cultural*, muy alejada del principio kantiano de la *finalidad sin fin* o desinterés del artista. Existe un subcampo de produc-

ción restringida, donde el capital de los participantes crece con el reconocimiento de sus pares, de acuerdo con la aludida jerarquización interna. Y existe un subcampo de producción en el que intervienen fuerzas ajenas: y aquí debe situarse, según el sociólogo francés, la fama, el gran público, los éxitos de ventas, etc. El depósito heredado que el trabajo colectivo ha ido acumulando en el campo literario se ofrece como un *espacio de los posibles*, donde, junto a las probables obligaciones se presentan una serie de usos en potencia de realización (el *habitus*). El principio generador y unificador de este sistema es la lucha por el canon, es decir, por el poder de definir, clasificar y fijar las fronteras (de géneros, disciplinas, etc.).

La ciencia de las obras de cultura deberá, según P. Bourdieu, operar en tres fases: analizando la posición del campo literario en el seno del campo de poder; examinando la estructura interna del campo literario, es decir, de las relaciones objetivas entre las posiciones que ocupan en él los individuos o grupos colocados en situación de concurrencia por la legitimidad artística; y analizando por último el *habitus* o sistemas de disposiciones que encuentran, en una posición dada en el campo, una ocasión más o menos favorable de actualizarse (Bourdieu 1991: 14).

La teoría de P. Bourdieu ofrece gran rendimiento en la relectura de la historia literaria, en la crítica y en una teoría literaria, y artística en general, que maneja el principio de comparación. Así se aprecia en su llamada de atención hacia las transferencias y homologías estructurales entre campos diferentes, pues solo el estudio comparado de las transformaciones en las propiedades relacionales de los diferentes campos puede conducir a verdaderas *invariantes*.

La lucha como principio es fundamental también en la teoría de los polisistemas desarrollada por la Escuela de Tel-Aviv que lidera I. Even-Zohar, quizás la de mayor aceptación por quienes aplican a estudios de casos el método sistémico. En efecto, su discurso alejado de lo abstruso hace que la terminología empleada se difunda y emplee con más asiduidad que la del grupo NIKOL. Únicamente los factores que explican los fenómenos socio-semióticos o culturales son denominados de forma similar a la de la escuela alemana: *productor*, *producto*, *consumidor*, *repertorio*, *institución* y *mercado*. Como se puede ver, se trata de una recreación del esquema de R. Jakobson, basado a su vez en el de K. Bühler, para la comunicación literaria, con la salvedad de que, como advierte el teórico de Tel-Aviv, no hay ningún tipo de jerarquización entre esos factores (Even-Zohar 1999a: 29). El concepto de *transferencia* es clave para definir la lucha en el interior del polisistema entre componentes de los distintos factores (por ejemplo, de grupos dominantes en la institución, o de *repertoremas*) por acceder al canon y expulsar los elementos reemplazados hacia los márgenes. El teórico establece los siguientes principios generales para el estudio de las interferencias entre sistemas: no hay literaturas que no las experimenten, por lo general se producen de manera unilateral y no es necesario que vayan ligadas a otras interferencias en otro nivel. También establece hipótesis científicas sobre las condiciones de aparición de las transferencias, y sus modos de producirse (Even-Zohar 1990: 59).

I. Even-Zohar fue acercándose desde el análisis sistémico de la literatura a la teoría de la cultura y se ocupó de los entresijos de la planificación cultural llevada a cabo por individuos o grupos relacionados con el poder. Cuando examina la función

de la literatura en la cohesión nacional, extiende su reflexión (siempre como inducción a partir de observaciones de la realidad empírica) al funcionamiento de la planificación cultural de nuevos repertorios en la creación de naciones. Distingue cuatro métodos de creación, de los que seleccionamos los ejemplos que más nos atañen. Los dos primeros serían la invasión de un territorio por un pueblo exterior (suevos y visigodos en la Península Ibérica) y la revuelta contra una imposición (nacimiento de Holanda a partir de la rebelión contra el imperio español). El tercer método consistiría en la imposición de un nuevo repertorio en un territorio que no coincide con el considerado propio, de manera que se intenta la secesión (el caso gallego o el catalán entrarían en este supuesto, según I. Even-Zohar). El cuarto se trataría del éxodo de un grupo cuya identidad cultural o incluso física corre peligro de extinción (se ejemplifica con la diáspora judía), y que se instala en un territorio distinto de los territorios nativos, para establecer su repertorio y lograr su cohesión socio-semiótica (Even-Zohar 1999b: 82-85).

La planificación cultural solo se puede ejercer con resultados prácticos ocupando el poder o con auxilio de quienes lo poseen. Siguiendo la lógica de mercado, los elementos del nuevo repertorio tienen que ser publicitados y vendidos al resto de individuos que pueden conformar la nueva nación. Si se fracasa en el intento, no importa, pues la derrota crea una *energía* que posibilita la vuelta a la lucha por el centro canónico. En sus análisis, siempre comparativos, analiza el polisistema gallego, que conoce por sus colaboraciones académicas con la USC. En el trabajo antes citado (Even-Zohar 1993), publicado en la revista gallega *Grial*, un año antes de la traducción al castellano, sostiene que la cohesión socio-semiótica en la comunidad cultural gallega, iniciada con la obra de Rosalía de Castro (1837-1885) en 1863, se alcanzó un siglo después, en un corto período de siete o diez años en que el gobierno autónomo logró generalizar un repertorio cuyo valor de cohesión se reconoció en ese momento. Afirma que el plazo entre planificación y ejecución fue tan largo, que el repertorio se estancó por anticuado. I. Even-Zohar augura una condena al atraso para Galicia si se insiste en el gallego como lengua de interacción social (y si se insiste en el bilingüismo, también). Para el teórico israelí, la realidad contradice en este caso la planificación cultural. Su conclusión, sostenida en datos que no aclara, no revela un suficiente conocimiento de la sociolingüística gallega, aunque se apoye en la citada lógica del mercado.

El trabajo iniciado por la teoría de los polisistemas prosigue con J. Lambert, de la Universidad Católica de Lovaina, y en los centros de investigación sistémica en Canadá (Universidades de Québec y Alberta), donde se amplían de manera notable sus aplicaciones y bases metodológicas (Iglesias Santos 1999a, 1999b).

La semiótica de la cultura de I. Lotman y la Escuela de Tartu es uno de los legados más serios y mejor configurados que puede manejar el comparatismo actual. Desde sus inicios, la Escuela de Tartu dejó establecido que la serie de fenómenos culturales se definen como *sistemas de modelización secundarios*, manifestándose como una derivación del modelo de la lengua natural. La cultura, *memoria no hereditaria de la colectividad*, posee una lógica interna que a veces no se corresponde con las necesidades reales del hombre, como queda de manifiesto si se la compara con la cultura animal. Puede adoptar ubicaciones, momen-

tos y formas diferentes, y orientarse unas veces hacia los contenidos y otras hacia las formas. Las culturas que responden a la segunda orientación tienden a interpretar el espacio exterior como anti-cultura y, por lo tanto, a hacerse fuertes dentro de sus fronteras. I. Lotman se interesa por los espacios de la no-cultura, donde desaparece la organización estructural que da sentido al mundo semiótico en el que cada uno de nosotros está inmerso. El espacio semiótico, compuesto de estratos interrelacionados con organización diversa, posee un dinamismo inherente que evita la automatización y pérdida de sentido, al alimentarse de la energía de la no-cultura.

La cultura tiende a la unidad, especialmente generando *metatextos* de expresión de su autoconciencia: coincidiendo en este punto con S. J. Schmidt y con P. Bourdieu, la Escuela de Tartu considera un error científico equiparar el estudio de los *modelos autointerpretativos*, generados por esos metatextos, al análisis de la creación literaria. Por ejemplo, se debe separar la reflexión sobre el Romanticismo contenida en los escritos de los románticos, del estudio de sus obras de creación (Lotman y Uspenskij 1979: 90).

Además de las investigaciones interartísticas e interdisciplinarias, una de las más provechosas contribuciones de I. Lotman al comparatismo es el estudio de la relación entre los espacios de cultura y los de no-cultura o extra-cultura. La configuración topográfica se hace más nítida que en otras teorías con la noción de *semiosfera*, especie de cosmos en el que la zona sin significación interviene en el espacio de significación, por lo general produciendo cambios imprevistos a manera de explosión. Este modo se opone al cambio gradual en la evolución de las culturas, aunque *a posteriori* el resultado de la explosión es interpretado como posibilidad que se activa anulando otras que podrían haber surgido (algo cercano a la interpretación del *habitus*, según P. Bourdieu). I. Lotman advierte de que solo la narrativa de lo que ya ha pasado, producida por el historiador, dota de coherencia a fenómenos en los que hay que reconocer como motor primero la casualidad. Como P. Bourdieu, que rechaza el hegelianismo de la Escuela de los Annales, I. Lotman objeta también la distorsión narrativa que puede darnos la perspectiva de *longue durée* y propone análisis concretos de cortes sincrónicos que luego deberán ser completados con la diacronía. Así se estudiarán las formas en que se producen intersecciones entre culturas: primero como irrupción de un elemento de la cultura externa en la cultura propia, de manera que esta le otorga un nombre y el cambio de denominación acaba repercutiendo en su contenido. En segundo lugar, como una irrupción de tal manera enérgica, que la cultura propia queda anulada o ve modificadas sus estructuras, porque no se introduce solo un nombre, sino todo un lenguaje. Por último, como irrupción de un elemento que actúa de catalizador acelerando un proceso, pero sin intervenir en él (Lotman 1992: 181-182).

De este modo, la Escuela de Tartu matiza un modelo sistémico que otros teóricos presentan como demasiado previsible y coherente. Continuator de esta línea es el ya mencionado S. Tötösy de Zepetnek, que une la investigación comparada a los estudios culturales, ampliando el abanico de objetos de estudio y esforzándose en la difusión internacional científica de trabajos hasta ahora poco atendidos. Su proyecto globalizador, con el inglés como lengua franca del comparatismo, y la revista

electrónica *CLCWeb*³ (*Comparative Literature and Culture*, editada por la Universidad de Purdue, en Indiana) como plataforma de difusión, ha encontrado reticencias entre los que desconfían de una globalización de cuño anglonorteamericano y de nuevo uniformadora, a pesar de sus amables propósitos.

3. Enfoque interliterario

La Escuela de Bratislava, de la que D. Ďurišin es la figura más reconocible en Occidente a pesar de la escasez de traducciones que aún pesan en la difusión de su obra, elabora su teoría como respuesta al proyecto del ICLA y a la fundación del Instituto Gorki de Literatura Mundial (Dominguez 2005: 43). El teórico eslovaco proviene de un contexto político y territorial parecido al de los investigadores anteriormente vistos. Como ellos, en sus primeros trabajos indica una filiación teórica que lo conduce, en su caso, al concepto de *interliterariedad* (Korprda 2005: 98-99). En la mejor tradición comparatista, desea que su proyecto contribuya al conocimiento de los pueblos y el fomento de sus relaciones pacíficas. Intenta, una vez más, superar la literatura nacional como punto de partida del comparatismo, y a través de las categorías *comunidad interliteraria* y *centrismo interliterario* –la segunda, más amplia que la primera–, dar cuenta del proceso histórico de las distintas formas de interliterariedad. Su aspiración última es una historia de la literatura mundial, que sería para él el grado más desarrollado de comunidad interliteraria.

Estas agrupaciones supranacionales son formaciones vivas y mudables a lo largo de la historia, de manera que una literatura nacional puede pertenecer a lo largo de su desarrollo a distintas comunidades. D. Ďurišin establece una diferencia entre comunidades interliterarias *estándar* y *específicas*. Las primeras se forman por cohesión histórica, lingüística, artística, étnica, ... Las segundas unen a esos criterios el político-ideológico, como es el caso de la comunidad ibérica, a la que alude como ejemplo repetidas veces, y de la que se ocupa de una manera parcial en su trabajo sobre la red interliteraria mediterránea (Ďurišin 2000). Dentro de estas comunidades, D. Ďurišin distingue entre literaturas *diferenciadas* y *menos diferenciadas*, pues no desea incurrir en discriminaciones de índole externa a la literatura. A partir de este marco, propone analizar la vida de cada comunidad y su desarrollo histórico, examinando el funcionamiento en ella de la literatura. A este respecto, distingue entre fenómenos evolutivos naturales y fenómenos inducidos por una planificación.

Interesa al comparatismo ibérico el apunte de D. Ďurišin sobre la posibilidad de relaciones convergentes y divergentes en la comunidad con respecto al contexto histórico que la determina. De esta manera, podríamos nosotros interpretar la relación que se establece entre el mundo árabe o mediterráneo y la literatura en Andalucía o en Cataluña como algo muy alejado de la relación que con el Atlántico o la lusofonía mantiene el espacio literario gallego. Y considerarla igualmente distante de la

³ La revista contiene una bibliografía completa de los estudios literarios sistémicos hasta 1998, elaborada por Tötösy de Zepetnek (2001).

conexión del espacio de Euskadi con la literatura vasco-francesa. Aquí sitúa D. Āurišin el análisis de cohesiones impuestas, más que planificadas, por las políticas coloniales, así como los casos de bi o pluriliterariedad en determinados creadores u obras que intervienen en varias literaturas⁴ (Āurišin 1984a: 294, 296, *vid.* 1995; *vid.* Āurišin y Gnisci 2000).

Con la noción de *comunidad interliteraria* quiere D. Āurišin acabar con el impulso teleológico, es decir, con la orientación hacia una causa final que tradicionalmente ha existido en la elaboración historiográfica de las literaturas nacionales. Le interesa especialmente analizar la relación entre el fenómeno dado y el fenómeno recibido, de una manera similar en principio a como lo estudia I. Lotman, aunque D. Āurišin indaga en el fenómeno opuesto al choque entre culturas. Con nociones como *desarrollo acelerado* o *influencia literaria*, procura combatir los errores de nivelación periodológica entre literaturas diferentes. Igual que en la teoría de los polisistemas, especialmente en el trabajo del grupo de J. Lambert, la traducción se considera un caso de comunicación interliteraria digno de especial estudio. Como apuntamos antes, D. Āurišin ejemplifica en ocasiones con la literatura ibérica, mencionada como comunidad formada históricamente, con un intenso grado de interacción en su desarrollo y caracterizada por el principio diferente de conexión mutua y las formas diversas de correlación histórico-literaria (Āurišin 1984a: 290).

En opinión de C. Domínguez, está aún demasiado ligada esta teoría a la idea de literatura nacional, como manifiesta el teórico eslovaco al tratar las nociones de *inclusión* y *sucesión*. El marco político, advierte C. Domínguez, es fuente de distensiones más que de interacción armónica, de ahí que proponga este investigador reorganizar los espacios sucesivos, como *zona* y *región*, que en D. Āurišin se diseñan con cierta vaguedad (Domínguez 2005: 61).

4. Comparatismo ibérico

El creciente número de trabajos y la aparición de grupos y proyectos en la actualidad confirman, como decíamos al iniciar este capítulo, que ha cambiado el panorama de la investigación comparada ibérica, contando con reconsideraciones de todo tipo y planteamientos teóricos (*vid.* Abuín González y Tarrío Varela 2004; Abuín González y Domínguez Prieto 2005; Casas 2005). Cabe citar los ambiciosos proyectos teóricos y aplicaciones sistémicas de la Universidad de Santiago de Compostela, como los del Grupo GALABRA de E. Torres Feijoo (2008, 2011), o los de investigadores ya mencionados como A. Casas (2000, 2003, 2004), F. Cabo Aseguinolaza (2001, 2004, 2008, 2010) y C. Domínguez (2012), con su feliz secuela de trabajos de investigación académica (Lourido 2011), que han dado como magno resultado un primer volumen de Historia comparada de las literaturas ibéricas, en versión inglesa auspiciada por la ICLA (Cabo Aseguinolaza, Abuín González y Domínguez 2010). Por su parte, merecen recordarse los proyectos desarrollados en Extremadura y Portugal (RELIPES), o en la Uni-

⁴ Menciona como ejemplos ibéricos a Gil Vicente y Álvaro Cunqueiro.

versidad Pompeu Fabra de Cataluña (RELIBE). Hay destacados especialistas que colaboran en varios proyectos y sustentan una investigación personal que viene de lejos, algunos de ellos con trabajos tempranos orientados por Claudio Guillén, como es el caso de las monografías y artículos de J. M. Ribera Llopis, coordinador de este volumen, que desde su formación en la Filología Románica y, posteriormente, a través del maestro llegó a los primeros textos traducidos al inglés de D. Đurišin (*vid.* planteamientos transversales en Ribera Llopis 1982; Arroyo y Ribera 2006).

En el campo de los estudios sistémicos vascos comparados, enlazados con la Estética de la Recepción y la teoría de J. Lambert (1987, 1999a), trabaja a propósito de las letras vascas en el contexto ibérico M. Olaziregi (2011). En la comparatística académica en lengua catalana conocíamos desde hace tiempo el valor de la aportación de V. Martínez-Gil –coautor de este volumen y tanto responsable de fundamentales estudios propios sobre relaciones luso-catalanas como coordinador de trabajos de conjunto (*vid.* Martínez-Gil 2010; Cerdà, Martínez-Gil y Vega 2003)– a la que se une en los últimos años la aplicación de la teoría de la interliteraridad de M. Santana (2000) y A. Martí Monterde (2004, 2013). En Portugal crea escuela el trabajo comparatístico de A. Apolinário Lourenço (2005a), y en el Centro de Estudos Comparatistas da Universidade de Lisboa se habla del estado de la cuestión en congresos bajo la iniciativa de ALEPH, asociación de jóvenes investigadores (Magalhães 2010). Al otro lado de la raya, marcan camino los congresos de *Aula Ibérica* editados por Á. Marcos de Dios (2007). Hay que mencionar la contribución de especialistas en traducción y en diversas filologías, como los pertenecientes a TRILCAT «Grupo de estudios de traducción, recepción y literatura catalana» (Gibert, Hurtado Díaz y Ruiz Casanova 2007). Muchos de ellos se relacionan dentro de la SELGYC (Sociedad Española de Literatura General y Comparada), la emblemática sociedad del comparatismo hispánico, cuyo trabajo en congresos y publicaciones propias ha contribuido al mantenimiento de la especialidad desde su fundación.

5. Conclusión

Otros nombres podrían citarse, pero es hora de cerrar ya este capítulo sobre la aplicación al comparatismo ibérico de las teorías empírico-sistémicas y de los estudios sobre la interliterariedad. Las nuevas orientaciones en la investigación llevaron aparejado un incremento del interés hacia el espacio literario ibérico, y prueba de ello es que se han sumado a él hispanistas tradicionalmente alejados de todo lo que no fuese literatura en castellano (Resina 2009). Una vez definido el marco metodológico, llamamos la atención hacia la necesidad de seguir aumentando los *estudios de casos*. Sería de agradecer, por otro lado, una base de datos bibliográfica que dé cuenta de las aportaciones de investigadores que, sin entrar en cuestiones de teoría literaria, han realizado en las últimas décadas trabajos de literatura comparada ibérica con información relevante. Finalmente, pensamos que la aplicación de estos modelos teóricos nos puede llevar a una reformulación que haga converger el viejo comparatismo *de contactos* con la idea del *polen de ideas*, teorizada por D. Villanueva (1991).